

V Concurso de relatos
FICCIÓN Y CIENCIA

RELATO GANADOR

Pros y contras de inventar la máquina del tiempo

Estíbaliz Burgaleta

© Estíbaliz Burgaleta

© Publicaciones y Divulgación Científica. Universidad de Málaga

Coordinación: Rosario Moreno-Torres Sánchez

Corrección y edición: Javier Sánchez Relinque

Diseño y maquetación: Aurora Álvarez Narváez

Colección: Ficción y Ciencia

V Concurso de relatos

FICCIÓN Y CIENCIA

Pros y contras de inventar la máquina del tiempo

Estíbaliz Burgaleta

**Universidad de Málaga
2016**

Pros y contras de inventar la máquina del tiempo

Estíbaliz Burgaleta

¿Qué es el triunfo? Para unos triunfar es ser famoso. Que hablen de ti. Que sepan tu nombre. Que te señalen con el dedo cuando caminas por la calle. Para otros consiste en tener una vida de felicidad impoluta digna de portada de revista femenina; con dos hijos, niño y niña, rubios a poder ser; pareja estable con la que, sin embargo, no se ha perdido la chispa y la pasión de los primeros meses; un trabajo bien pagado con el que te sientes realizada; tiempo para ir al gimnasio, cuidarte, llevar una dieta sana, estar al día de lo que pasa en el mundo y también cultivar la amistad de tus amigas de siempre.

Pero no todo el mundo se conforma con estos triunfos tan simples. Él quiere ser algo más, él aspira a la gloria de verdad. No a diez minutos de fama catódica. No a la imposible felicidad de las revistas. Aspira a trascender. A que su triunfo continúe más allá de sí mismo. Él quiere ese éxito del que disfrutaban los que van a ver su nombre plasmado para siempre en un libro de texto. Sabe que triunfar de verdad conlleva un esfuerzo brutal. Y en esas está.

Trabajando.

Concentrado. Ensimismado. Absorto. Como debe ser.

Trabaja tan concentrado, tan ensimismado y tan absorto que no oye que otra persona entra en el aula. El mundo del científico se reduce a las fórmulas que ha escrito en la pizarra. No existe nada más. No existe la mesa llena de papeles, no existen las paredes de ese tono verde desvaído tan típico de todo centro educativo.

El anciano que ha entrado en el aula tiene que carraspear. Una. Dos. Tres veces. Por fin el científico se gira y encuentra frente a él a un hombre de unos sesenta o setenta años. Puede que incluso ochenta años muy bien llevados. Viste de una forma estrafalaria. Y, como le suele suceder con prácticamente cualquier persona con las que se cruza por la calle, le recuerda vagamente a alguien. Quizá a un actor, quizá a un compañero de la universidad, a algún familiar lejano... Es la maldición de los despistados que viven en su propio mundo. Cuando salen al exterior todo les resulta ligeramente familiar, pero no demasiado.

—Hola, buenas —dice el anciano.

—Hola —contesta el científico, más por costumbre que por ganas. De hecho, vuelve a fijar la vista en las fórmulas que llenan la pizarra, confiando en que el anciano sea el abuelo de algún estudiante en prácticas que acabará por irse más pronto que tarde. Pero el hombre no se mueve de ahí.

—¿No me reconoces? —dice el anciano.

—Pues no —responde el científico.

—Supongo que es normal.

—Si usted lo dice...

—Soy tú. O tú eres yo, según se mire.

El científico se queda mirando al anciano, sin saber muy bien qué decir.

—Que yo esté aquí demuestra que tu fórmula funciona. Ahora no, porque aún te faltan unas semanas de trabajo y algunas detalles por pulir. Pero estás muy cerca. Lo vas a hacer. Lo vas a conseguir. Vas a inventar la máquina del tiempo. Por eso yo soy tú. Tú, en el futuro, claro.

El científico sigue guardando silencio. Está acostumbrado a las bromas. Los tipos como él son el blanco fácil. Van provocando, con esa cara de pertenecer a otro mundo más abstracto. Tenía que reconocer que esta broma es más elaborada que la última que le hicieron sus alumnos del doctorado en físicas, que usaron la clásica chincheta sobre la silla. Por supuesto, él se pinchó con la chincheta. Mira que le habían gastado bromas en la vida y había caído en todas y cada una de ellas. Pero esto ya era demasiado.

—Somos alérgicos al marisco. Y tenemos una mancha de nacimiento aquí.

El anciano se levanta la camisa y muestra la mancha en forma de fresa que tiene al lado del ombligo. El científico, utilizando el método empírico gracias al cual la ciencia lleva avanzando inexorablemente desde el siglo XVIII, se acerca al anciano y toca la mancha. La frota. Vuelve a frotar. Es verdadera. Pero no puede ser verdadera, porque si esa mancha es verdadera e

idéntica a su mancha de nacimiento, eso solo puede significar una cosa. Que ese hombre dice la verdad, que es él, y ha viajado en el tiempo, ¡con su máquina!, ¡¡la que él iba a crear!!

El científico quiere decir algo, pero le sale algo como esto:

—Mfhfhgrfr

—Estás nervioso. Te entiendo. Cómo no te voy a entender.

—responde el anciano, o sea, él mismo.

—Perdón.

—No te disculpes. He viajado en el tiempo para darte un mensaje fundamental. He venido a pedirte algo. Quiero que no inventes la máquina del tiempo.

El científico mira al anciano, es decir, a sí mismo y hace lo único que puede hacer ante semejante petición: se echa a reír.

No llevaba siete años dejándose las pestañas en sus fórmulas para nada. No había luchado por levantar el Departamento de Física Teórica para nada. No había sido el hazmerreír de toda la Universidad de Málaga para nada.

Tiene que ser una broma. Desde un punto de vista estadístico, hay muchas más posibilidades de encontrar a alguien con una mancha de nacimiento idéntica a la suya que de que él mismo viaje en el tiempo con la máquina que ha ideado. Ahora bien, a la estadística hay que añadir más parámetros. No es solo que ese anciano tenga una mancha de nacimiento idéntica a la suya. Es que se le parece físicamente. Es que se viste de una manera como nadie nunca se ha vestido antes. Es que sabe cosas

de sí mismo que él no ha contado a nadie. El científico nota que se le doblaban las piernas. No puede ni articular palabra.

El anciano pega un par de bofetadas a su yo del presente.

—Gracias —dice el científico mientras se lleva una mano al moflete.

—De nada, hombre. Es lógico que estés un poco confundido.

Muy amablemente, el viejo ayuda al científico a que se siente, le sirve un vaso de agua y le mira con algo que podría llamarse afecto. Espera a que el hombre se acabe el vaso de agua antes de preguntarle:

—¿Mejor?

—Mejor, sí, gracias.

—¿Puedo ya darte mi mensaje? Es que tampoco quiero que se me haga tarde, que en mi época se cena pronto.

—¿En España también?

—Costó, pero al final nos dimos cuenta de que es mejor desayunar fuerte y cenar antes.

—Claro.

—A lo que iba. Que he viajado treinta y cuatro años, tres meses y cuatro días en el pasado con una misión trascendental. Te tengo que pedir que dejes de trabajar en la fórmula para la máquina del tiempo —llegado este punto, el anciano hace una estudiada pausa dramática — Es por el bien de la humanidad.

—Pues va a ser que no.

—Insisto. Es por el bien de la humanidad.

—Me la repampinfla la humanidad.

Que no es que al científico le repampinflara la humanidad. Que él es buena persona. Le gustan los animales y los niños pequeños. Más los animales que los niños pequeños porque los animales son más fáciles de domesticar y dan menos quebraderos de cabeza. Recicla. Su coche es eléctrico. Saluda a todos sus vecinos y paga las cuotas de la comunidad religiosamente. No tiene antecedentes penales, jamás se ha visto envuelto en una pelea y hasta cede su asiento en el autobús cuando entra una embarazada. Vamos, que es buena gente.

Pero renunciar al trabajo de su vida porque un tipo excéntrico se lo pide... no. Por ahí no va a pasar. El científico, como toda persona con trabajo solitario, suele ser presa de fantasías y castillos en el aire. Intenta controlarse, no quiere hacerse ilusiones en vano, pero a veces no lo puede evitar. Y dan tanto gusto... Su fantasía preferida es aquella en la que prepara el discurso de aceptación del Premio Nobel de Física. Porque si inventa la máquina del tiempo, qué menos que otorgarle el Premio Nobel, ¿no?

El anciano le sigue mirando con esa media sonrisilla que podría considerarse afecto:

—Ya sé lo que a ti... a nosotros, te/nos pasa. Tú te estás viendo con el Premio Nobel. Hijo predilecto de Málaga. Calles y plazas con tu nombre. Y, ¿por qué no? Una película con Russell Crowe interpretándote a ti.— dice el anciano.

—Yo no pienso eso. Para nada.

—No me mientas... que soy tú. Sé lo que piensas. Aunque hayan pasado muchos años, seguimos siendo la misma persona. Y sé que lo que te pido no es fácil, pero es que no me queda más opción. Tu máquina traerá muchos problemas a mi mundo.

—¿Qué problemas? Porque ya pueden ser gordos, ya...

El anciano suspira. Su misión se está complicando y cada vez es más evidente que no llegará a casa a tiempo para cenar.

Empieza a contarse a sí mismo cómo es la vida en su mundo, treinta y cuatro años, tres meses y cuatro días más tarde. El mundo del año 2050. Un mundo donde viajar de Madrid a Nueva York costará dos horas y el viaje de Madrid a Marte medio millón de euros. Y, sin embargo, todavía no existirá una solución científicamente contrastada para evitar la celulitis. Pero, si hay un invento que revolucionará su época, ese es la máquina del tiempo. Su máquina del tiempo.

El anciano lo recuerda como si fuera ayer. Cómo le miraban sus compañeros de la Universidad cuando el rumor ya era una noticia: que sí, que es verdad, que el pringado resulta que al final lo ha conseguido, que han hecho un prototipo, que sí, que se puede viajar en el tiempo. Le miraban con admiración y con envidia. Ah, cómo disfrutaba de esas miradas de envidia...

Construyeron tres máquinas para viajar en el tiempo. No más. El proceso era costoso y tan complejo... que el viaje en el tiempo se iba a reservar para unos pocos elegidos. Y cada uno de los viajes abría los telediarios. La gente, como en el primer viaje

a la Luna, se plantaba delante de su televisor para contemplar lo que parecía un milagro. Esos tipos que se iban al pasado más remoto y volvían contando que sí, que es verdad que las estatuas y los templos de la Antigua Roma estaban pintados con muchos colores.

Los viajes en el tiempo, como los viajes a Marte, parecían reservados para los pocos afortunados que se lo podían permitir. En el 2050 todo millonario había puesto el pie en Marte. Total, para luego hacerse todos el mismo selfie desde la ventanita de la nave espacial, con los dedos haciendo la señal de la victoria, mordiéndose los carrillos para parecer más interesante, y con la Tierra, tan azul ella, de fondo.

El científico, convertido en el Einstein del siglo XXI, disfrutaba de lo que era el auténtico milagro: que sus fantasías se estaban convirtiendo en realidad. Que era admirado, que era envidiado, que había triunfado.

Pero la borrachera de triunfo duró poco. Las cosas empezaron a torcerse precisamente cuando se construyeron decenas y centenas de máquinas del tiempo.

La aviación necesitó setenta años para pasar de los viajes peligrosos y en soledad a los chárter llenos de turistas que habían encontrado su billete por 0.99 céntimos (más 42 euros de gastos de gestión). Su máquina solo necesitó seis meses para que aparecieran las primeras compañías de viajes en el tiempo low cost. Y así fue como el pasado se llenó de turistas del tiempo.

Las compañías, herederas de las actuales agencias de viajes, vieron en estos paquetes una auténtica mina de oro. Organizaban tours temáticos de gran éxito: El Egipto Faraónico, El París Concupiscente de Luis XVI, Ve a los Sacrificios Humanos Aztecas (y vuelve para contarlo). Era una experiencia fantástica, completísima, que no solo incluía el viaje en sí, sino una preparación previa para la inmersión total en la época: vestuario, lenguaje, reglas de conducta, protocolo... todo al detalle para que los turistas no llamaran la atención de los lugareños del pasado. Nadie quería provocar una paradoja temporal de resultados incontrolables. Lo más difícil para los turistas en el tiempo no era aprender las palabras básicas de otro idioma, y además antiquísimo, ni acostumbrarse a llevar corsés o miriñaques. Lo peor era acostumbrarse al olor. De 1930 para atrás todo el pasado olía a una cosa: a ñordo.

Los turistas del tiempo se tomaban muy en serio las reglas del viaje: no daban ningún dato del futuro, no intervenían en el curso de los acontecimientos, no interactuaban con personajes históricos... todo perfecto salvo en un pequeño detalle: dejaban el pasado hecho unos zorros. Y los arqueólogos del presente empezaban a encontrar rastros de la horda de turistas del tiempo. Como en esa excavación del año 2050 en el Valle de los Reyes de Egipto, que halló tres latas de Coca Cola y dos envoltorios de Kit Kat en la tumba de un faraón.

Las autoridades tomaron cartas en el asunto. Regularon aún más los viajes en el tiempo y fundaron el Escuadrón de Limpieza

del Tiempo. Se aseguraban así de que los turistas dejaran los templos griegos y las pirámides aztecas intactas.

Para ese momento muchos turistas del tiempo habían viajado tantas veces que eran auténticos expertos en historia universal. Los más espabilados vieron que podían hacer un negocio redondo dedicándose al tráfico ilegal de medicamentos. Sabían que no podían arriesgarse a vender penicilina. No podían plantarse en 1314 y curar la peste negra, aunque podían hacer cosas más prácticas que les reportaran pingües beneficios. Y se hincharon a vender aspirinas e ibuprofeno a los aristócratas de la Baja Edad Media.

Las autoridades volvieron a intervenir. Esta vez instauraron una Policía del Tiempo que, con el Escuadrón de Limpieza del Tiempo viajaba junto a los turistas para asegurarse de que lo dejaban todo limpio y de que no se hacían de oro a costa de la ignorancia de otras épocas.

Pero lo peor no eran los viajes al pasado remoto. Los auténticos problemas los generaban los viajes al pasado reciente. A hace quince años, cuando decidiste dejar de estudiar porque trabajando en la obra ganabas más dinero. A hace cuatro años, cuando no compraste aquel billete de lotería cuya pedrea tocó. O a hace media hora, cuando dijiste algo inapropiado a tu jefe. Esos viajes eran los que estaban convirtiendo al mundo del anciano en un auténtico caos. Si todo tiempo pasado puede mejorarse, ¿por qué no intentarlo?, ¿por qué no volver una y otra vez hasta que el resultado final te convenza del todo? Siempre había algo

que cambiar. Porque cuando las posibilidades de cambio son eternas, las exigencias también se vuelven eternas. Y adictivas.

—Tu máquina del tiempo ha convertido a las gentes de mi mundo en una panda de perpetuos insatisfechos. —dice el anciano.

Vivir en un mundo sin certidumbres es desesperante. La gente es incapaz de asumir las consecuencias de sus actos porque siempre cabe una posibilidad de arreglar las cosas. No solo el día a día de las gentes del 2050 se volverá una sorpresa continua. También la manera de ser de esas gentes se transformará, tornándose todos en eternos inmaduros, en indecisos patológicos. El anciano no puede más. No soporta ser la persona que ha transformado el mundo en un lugar lleno de gilipollas. Y por eso decidió tomar cartas en el asunto.

El 16 de julio de 1945, en Nuevo México, el doctor Robert Oppenheimer contempló la detonación de la primera bomba nuclear, y dijo «ahora me he convertido en la muerte, el destructor de mundos». Pero Oppenheimer no evitó el desastre, dejó que otras dos bombas nucleares fueran lanzadas, y esta vez no en medio del desierto, sino en dos ciudades: Hiroshima y Nagasaki. Luego se lamentó y dijo que sentía la muerte de todas esas personas inocentes. A buenas horas, mangas verdes.

El anciano no está dispuesto a ser otro científico que se lamenta cuando el mal ya estaba hecho. Va a ser el primero en la historia de la humanidad dispuesto a corregir sus propios errores. Y por eso ha viajado a ese día, justo ese día, para

encontrarse consigo mismo y hacerse comprender que debe olvidar la máquina del tiempo.

—¿Te he hecho comprender? —pregunta el anciano, en cuyos ojos hay más cansancio que otra cosa.

—Sí.

El anciano respira aliviado... por poco tiempo.

—Yo te comprendo, pero compréndeme tú a mí. Me pides que renuncie a siete años de esfuerzo. Y renunciar sabiendo que estoy tan cerca... no puedo. Tiene que haber otra manera. Si habéis solucionado los problemillas que os ha dado la máquina creando la Policía del Tiempo y los Escuadrones de Limpieza del Tiempo, ¿por qué no creáis algo para evitar que se abuse de los viajes al pasado reciente?

—A ver, genio, ¿cómo lo solucionarías tú?

Es el turno del científico. Toma aire y se dispone a convencer a su yo del futuro:

—Mi máquina... quiero decir, nuestra máquina, es una segunda oportunidad. Yo... y tú... quiero decir, los dos, la hemos inventado porque todo el mundo merece una segunda oportunidad. Pero la vida no da oportunidades así como así. Y este invento tampoco puede convertirse en una máquina expendedora de oportunidades. No puede banalizarse. No debe banalizarse. Tiene que usarse con inteligencia y con medida. Todo el mundo debería reflexionar sobre qué quiere en la vida. A quién ha fallado. Qué error no debía haber cometido jamás...

y viajar a ese momento y a ningún otro. Bueno, igual también a la Antigua Roma, ya puestos. Por eso creé, creamos, esta máquina, para hacer del mundo un lugar más justo. Para dar oportunidades a todos.

El científico mira a su yo envejecido con una sonrisa en los labios. Convencido de haber convencido.

El anciano suspira y le dice que él ya se imaginaba que esto iba a pasar. El problema de viajar al pasado para encontrarte contigo mismo es que puedes descubrir que eras un gilipollas.

—Pero si he hecho un discurso precioso. —se defiende el científico.

—¿Tu consejo es que se use menos la máquina?, ¿tú sabes lo barato que es comprarse una? Todos tienen una en su casa. Hubo una época que hasta la regalaban cuando domiciliabas tu nómina en el banco. No se puede luchar contra el consumismo. Peor aún, no se puede luchar contra la falta de voluntad de la gente. No podemos poner un letrerito en la máquina del tiempo donde se lea «úsese con moderación», porque no sirve de nada. Lo único que sirve es que la máquina desaparezca, que no la inventes, que la olvides, que borres todas las fórmulas de esa pizarra y no quede ni rastro de ella.

—No quiero. ¿No ves que lo digo por nuestro bien? Si no invento la máquina, ¿quiénes seremos tú y yo? Dos profesores de física del montón.

—Del montón, no.

—Del montón, sí, porque no habremos inventado nada que haya revolucionado la existencia. Porque no apareceremos en los libros de texto. Porque no habremos trascendido.

—No seremos del montón porque habremos salvado al mundo.

—¿Y eso quién lo va a saber?

—Pues nosotros, ¿te parece poco?

Sí. Al científico le parece muy poco. Poquísimo. Pero ve a su yo del futuro dispuesto a cualquier cosa. A volver a viajar al pasado, pero mucho antes, al día en que se matriculó en la universidad; o al día en que le dieron un premio de ciencias en el instituto y vio que aquello se le daba bien; o quizá antes aún, a ese guateque del año 1968 en el que sus padres, mientras de fondo sonaban Los Brincos, se conocieron.

El anciano no se va a rendir. Se ve en esos ojos, que son como los suyos pero más. Más todo. Más sabios, más cansados, más penetrantes... más decididos. Ante un hombre así solo caben dos opciones: rendirse... o negociar. Opta por la segunda.

—Hagamos un trato.

—¿Vas a regatear conmigo?, ¿en serio?

Déjame construir una máquina. Un prototipo, solo uno. Dame al menos la satisfacción personal de ver mi trabajo de todos estos años acabado. Comprobar por mí mismo que la máquina funciona. Que he sido capaz. Al menos dame eso. Te juro que después la destrozaré y nadie sabrá que ha existido.

El anciano, por primera vez desde que aparece en el aula, le sonríe.

—Tú no quieres ver acabada la máquina por eso de la satisfacción del trabajo bien hecho. Tú quieres usarla. Y viajar a ese momento crucial de tu vida. Tú estás dispuesto a renunciar al triunfo... pero no a la segunda oportunidad.

El científico por un nanosegundo se siente tentado de mentir y negar la mayor pero, ¿qué sentido tiene negar la realidad ante uno mismo? Es absurdo. El hombre, tanto del futuro como del presente sabe/saben muy bien cuál es ese momento de su pasado reciente al que quiere viajar.

Quiere viajar a las 19 horas 30 minutos del 1 de septiembre del 2002, en concreto al Café Central de Málaga, el tópico sitio que eligió para decirle a su novia de entonces que se iba a estudiar el doctorado en la Technische Universität München y que creía que lo mejor era dejarlo. Que las relaciones a distancia no funcionaban. Que podían seguir siendo amigos. Que le seguía teniendo mucho cariño y que nunca la iba a olvidar.

—¿Cariño? —fue la única palabra que articuló ella en ese encuentro.

Como toda persona que rompe con otra, el científico mintió. No hubiera estado bonito decirle a su novia de los últimos tres años lo que realmente pensaba: que habría más novias en el horizonte, pero no más becas para irse a hacer el doctorado a Alemania.

Y es verdad que hubo más novias. Pero ninguna como ella.

Al científico le costó entenderlo, porque seguir enamorado de su exnovia escapaba a todo lo que la ciencia nos ha enseñado sobre el amor en el último siglo.

Él sabe que la sensación de mariposas en el estómago se produce porque el cerebro libera dopamina; que el flechazo no se debe a unos ojos verdes que te han mirado fijamente, sino a que el hipotálamo está sintetizando oxitocina; y que la infidelidad es algo totalmente lógico ya que el hombre está genéticamente programado para esparcir su semilla y su material genético en cuantas más mujeres mejor. Seguir enamorado de una persona a la que hace trece años que no se ve es un absurdo científico. Pero la evidencia está ahí, y contra la evidencia nada se puede hacer.

Quiere volver a ese día, a esa hora, al Café Central, y recuperar a su exnovia. Al amor de su vida.

—¿Y no sería más fácil que la buscaras por Facebook y quedaras un día con ella? —apunta el anciano.

—Ya la he buscado. Está casada. No puedo volver a ponerme en contacto con ella cuando han pasado tantos años y cuando se la ve feliz... Publica muchas fotos de ella, de su marido, de sus vacaciones, «aquí en la playa, sufriendo» y ese tipo de cosas.

—Todo el mundo sube fotos felices a Facebook, para eso sirve, para presumir, no para ser sincero. Quién sabe, a lo mejor tu exnovia es infeliz en su matrimonio.

—¿Tú crees?, igual tú lo sabes, tú vienes del futuro, ¿la has visto en el futuro?

—No puedo dar ese tipo de información.

—Por favor, ya estás intentando cambiar el futuro, qué más dará que me cuentes algo de ella ¿La has visto?

Pero el anciano no suelta prenda. Al menos del tema que le interesa al científico. Porque hablar, sí que habla. Le acusa de ser un cobarde y de tener el mismo problema que los habitantes de la Tierra en el 2050: es un insatisfecho crónico, un ser incapaz de aceptar las consecuencias de sus actos. Y eso de que está locamente enamorado de su exnovia es una majadería. En realidad la ha estado idealizando durante todos esos años, no la ama a ella, sino a una construcción mental alrededor de ella.

—Lo que tú digas, pero yo quiero viajar al Café Central del año 2002 y recuperarla.

—¿Y si la recuperas y te casas con ella y sois muy felices y luego muy infelices?, ¿me dirás que entonces no querrás usar la máquina una vez más para volver al Café Central en el año 2002 y romper con ella, tal y como hiciste al principio?

—O a lo mejor somos siempre felices y ya no quiero cambiar nada. Mírate, tú no eres un indeciso patológico. Así que yo no seré un indeciso patológico. Solo quiero cambiar ese momento crucial de mi pasado, ese, y ninguno más. Sé lo que quiero. Dámelo.

—No.

—¿Pero por qué no?, ¿qué te importa?, ¿qué más te da?, ¿es que no te fías de mí?, ¿de ti mismo?

—No. No me fío.

—Si quieres firmamos un contrato, el texto lo pones tú, el que quieras. Y si no cumplo lo establecido puedes volver a viajar en el tiempo, a hoy, o antes incluso, a cuando quieras...

El anciano suspira, le mira y dice una sola palabra. Dice: «cállate». Él se calla. Y luego añade: «escucha». Él escucha.

El anciano le cuenta algo más sobre la vida en el 2050. En concreto, le cuenta algo más sobre SU vida. Ya sabe que en pocas semanas pasará a la historia como el inventor de la máquina del tiempo. Sabe que va a disfrutar de la envidia de sus compañeros. De dinero. De homenajes. De charlas muy bien pagadas por todo el continente... Del triunfo de verdad. Pero no sabe que aprovechará su fama mundial para contactar con su exnovia. Lo que tanto pánico le da en el presente, en solo unos meses va a ser tremendamente fácil. Es una de las ventajas de convertirse en un triunfador, que de repente ya no eres un cobarde. Y su exnovia, que antes probablemente hubiera ignorado al hombre que le rompió el corazón en el Café Central, rodeados de turistas, accederá a quedar con él, que por algo en ese momento será el inventor más famoso del mundo. Tomarán un café. Otro día irán al cine. Al siguiente al teatro... Revivirán su romance de juventud. Y un año más tarde, precisamente en el Café Central, él le pedirá a ella que se casen. Y ella dirá que sí.

—Entonces, ¿no necesito usar la máquina?, ¿es eso lo que me estás diciendo?, ¿que me limite a esperar?

Todas las parejas piensan que su historia de amor es única, especial. Mentira. Todas las parejas, todas, se niegan a ver los defectos del otro, víctimas como son de la secreción de dopamina y oxitocina a mansalva que acaba por nublarles el conocimiento. Pero esa ceguera no dura para siempre. Un buen día, como la neblina de una mañana que ha amanecido fresca, la ceguera desaparece. Y entonces empiezas a ver a la persona que duerme a tu lado con otros ojos. Ese es el principio del fin. Y lo es para todas las parejas.

Es un misterio por qué la ciencia ha pasado tantos años desentrañando la química del enamoramiento y tan poco tiempo averiguando qué es lo que provocaba el desamor. En qué momento uno se levanta por la mañana, mira a la persona a la que amaba el día anterior y nota que algo ha cambiado. A veces, ni uno mismo se da cuenta. Y empiezan las discusiones, los reproches, las cenas en silencio y las fantasías sobre lo muy feliz que serías junto a otra persona.

En el caso del científico y su esposa, su proceso adquirirá la forma de una lucha. La lucha de ella por separarse y de él por retenerla a su lado. Ella ya había pasado por un divorcio y se dará cuenta pronto de que las cosas se estaban torciendo. Pensará que cuanto antes lo dejen, menos daño se harán el uno al otro. No contará con que el científico peleará con uñas y dientes. Pero no hay manera de obligar a alguien a que te quiera como antes. Al final, ganará ella, y se divorciarán... En teoría. Porque él usará la máquina para evitarlo todas las veces que pueda.

—Por eso no te fías de mí. Porque tú mismo has usado montones de veces la máquina. —concluye el científico.

—Pero no solo yo... Ella también la ha usado. Para divorciarse antes de mí, para evitar volver conmigo, para dejarme cuanto antes... Y ahora, cuando me levanto por las mañanas, no sé a quién me voy a encontrar a mi lado. Si al amor de mi vida, si a mi perro... o a nadie en absoluto. No se puede vivir así.

El científico asiente. Se acerca a la pizarra, coge el borrador y comienza a borrar todas las fórmulas, una a una, hasta que la pizarra queda completamente vacía. Sus cálculos de siete años de trabajo concentrado reducidos a una pizarra emborronada. Para él ya no va a haber ni triunfo, ni segunda oportunidad. Se gira para mirar al anciano, para mirarse a sí mismo, pero ya no está. Habrá vuelto a su mundo, en el 2050, un mundo donde, ahora sí, habrá certidumbres.

FIN



Publicaciones y
Divulgación Científica